Imita entónces aquel ardor que tuvo esta divina Madre por encontrar á su Hijo. Búscale como ella con un deseo eficaz, y con una impaciencia santa por volverle á hallar.

Pero no murmures de ninguna manera, hijo mio, porque Jesus nada te debe; ó si formas contra él alguna queja, sea queja de amor.

¡Por qué, hijo mio, decia María á Jesus, por qué habeis obrado así con nosotros (1)? ¡Qué sentimiento tan cruel no nos atormentaba por haberos perdido!

Dile tú de la misma manera: ¡Oh Jesus mio! ¡por qué habeis puesto mi corazon á una prueba tan terrible? Bien sabeis vos, Señor, cuánto padezco en vuestra ausencia.

¿He cometido alguna infidelidad contra vos, que os haya obligado á separaros de mí?

Si mi conducta os ha ofendido, y ha sido causa de esta separacion, perdonadme, Señor, que yo pondré en adelante mas cuidado en evitar cuanto pueda desagradaros.

Pero joh Dios mio! cualquiera que sea el motivo que teneis para proceder conmigo de esta suerte, yo me someto enteramente á vuestra voluntad; probadme, Señor de la ma-

#### CAPITULO XVIII.

De la vida retirada.

Siervo. Dignaos joh Vírgen Santa! esplicarme el misterio de aquella vida oscura y retirada que observábais en Nazareth; porque no hay duda que si todos os hubiesen conocido, podríais haber atraido á Jesus muchos corazones y alabanzas.

María. Hijo mio: yo ponia toda mi gloria en imitar al mismo Jesus, que queria ser por mucho tiempo sobre la tierra un Dios oculto (1).

Habia venido á este mundo para enseñar á los hombres por su doctrina á huir de la pompa y á ser humildes; y por la vida retirada que observó en Nazareth, les dió primero el ejemplo ántes de pasar á instruirlos.

El Padre celestial queria ser glorificado por la vida oscura de Jesus, y Jesus prefirió

nera que mas os agrade, y por todo el tiempo que querais, pues consiento gustosamente en ello, con tal que yo conserve siempre vuestro amor dentro de mi corazon.

<sup>(1)</sup> Luc. 11, 48.

<sup>(1)</sup> Isai. xLv, 15.

esta oscuridad, por agradarle, á todas las ma-

ravillas que pudiera haber obrado.

De este modo nos dió á entender que la perfeccion y el mérito de la mayor parte de los hombres no consiste en hacer por Dios cosas grandes, sino en ocuparse, pues que esta es su voluntad, en el trabajo de manos y en otros empleos viles y abatidos, segun el mundo.

Quiso tambien desengañar á los hombres de la falsa idea que tienen formada de la santidad, pensando de ordinario que no puede manifestarse sino por grandes y públicas virtudes.

Pero sobre todo quiso condenar por su vida oculta el anhelo que tienen la mayor parte de los hombres por presentarse al público, y aquel deseo de que están poseidos de ser estimados y aplaudidos.

Desea, hijo mio, estar oculto, ignorado y aun olvidado de los hombres. Siempre que llegues à conseguir la aprobacion de Dios, ¡qué te importa la del mundo? El mundo pasa y todas las cosas con él.

Yo poseia á Jesus en Nazareth, tenia su amor y él tenia el mio: ¿pues qué otra cosa me faltaba para ser dichosa?

Un pequeño rincon de tierra donde vivieses enteramente desconocido de los hombres sin otros bienes que un Crucifijo, le deberias preferir á todos los palacios de los reyes.

Allí es en donde encontrarias una fuente de lágrimas de compuncion, para lavar siem-

pre mas y mas tus iniquidades.

Alli es en donde, uniéndote mas familiarmente con Jesus, hallarias dentro de su amor algunos vislumbres de las delicias del cielo.

Una vida oculta te parece triste, porque

no has gustado jamas sus dulzuras.

Si hubieras comenzado á esperimentarlas, encontrarias que los honores y placeres del mundo no son sino vanidad, y mas vanos aun

los que los buscan.

Es verdad que en una vida semejante hay que sufrir de ordinario las chocarrerías de los mundanos, que se admiran de que un hombre desprecie sus diversiones; pero ¿qué importa, si estas burlas te sirven de un gran provecho, porque te estrechan aun de una manera mas fuerte con Jesus, que es el único objeto de tu amor?

Hay pocos hombres, hijo mio, que vivan en paz, pocos que sean espirituales é interiores, porque son raros los que desean apartarse de la multitud para vivir solos con Dios.

Es verdad que hay algunos que hacen profesion de ser virtuosos, y sin embargo, no se encuentra en ellos una piedad sólida, porque están como derramados esteriormente, y no desean sino presentarse á los demas hombres.

La espiritualidad de éstos está solo en las palabras. Se habla en efecto de la virtud mas fácilmente que se pone en práctica.

La gracia no permanece largo tiempo en una alma disipada, ó que procura atraerse otras atenciones que las de su Esposo celestial.

Pide á Jesus aquellas vivas luces que comunicó á sus santos, y que les hicieron conocer la dicha de una vida oculta en Dios con Jesucricto (1).

# CAPITULO XIX.

De la vida interior.

A María es á quien conviene particularmente aquel testimonio del Espíritu Santo: Toda la gloria de la hija de Sion está en su interior (1).

Lo que nosotros sabemos de sus acciones esteriores, no es nada en comparación de lo que pasaba dentro de ella misma.

Figurate á esta Vírgen Madre en su casa de Nazareth: penetra hasta su interior, y examínale con el mayor cuidado.

Pero ¿quién podrá decir cuáles eran sus afectos, sus sentimientos y sus deseos? ¿Quién será capaz de esplicar lo que pasaba en este augusto santuario?

Vos solo joh Dios mio! ocupábais todas las potencias de su alma. Vos solo érais el principio y fin de todas sus acciones.

Estábais siempre presente á su entendimiento; os veia en todas las criaturas, y ninguna cosa podia distraerla de vos, porque vos érais el todo para ella en todas las cosas.

Sus juicios eran gobernados por las máximas de vuestra eterna sabiduría, sus pasos dirigidos por vuestro espíritu, y sus ocupaciones animadas de vuestro amor.

Distante de todo comercio profano, se con-

<sup>(1)</sup> Coloss. III, 3.

<sup>(2)</sup> Ps. xliv, 14.

sagraba María enteramente á Dios y á sus obligaciones domésticas, con toda la libertad de una alma desprendida de todas las ideas y consideraciones mundanas.

No obstante el imperio que tenia, en virtud de una gracia especial, sobre todos los movimientos de su corazon, tomaba las precauciones mas escrupulosas para cerrar las puertas de su alma á cualquier otro objeto que no fuese el de su Dios.

Se hubiera reprendido un afecto, una intencion, un deseo que no hubiese sido diri-

gido á Dios y á su mayor gloria.

En este precioso modelo se ve en lo que consiste la vida interior: consiste principalmente en velar sobre sí mismo y sobre su corazon, para que sean dirigidos á Dios todos sus afectos; y sobre su entendimiento para que todo contribuya á elevar á su Dios sus pensamientos.

Esta vigilancia es como una vista siempre atenta, que distingue lo que viene de la naturaleza para reprimirlo, y lo que viene de la

gracia para corresponder á ello.

Por este medio se adquiere la gracia y la fuerza necesaria para obrar sin sujetarse á motivos puramente naturales, y sin ella se incurre frecuentemente en muchas faltas, y se padecen grandes pérdidas.

Teniendo siempre este cuidado, se pueden practicar frecuentes y grandes actos de virtud, sin necesidad de hacer ninguna cosa estraordinaria.

¡Cuántos solitarios y vírgenes santas habrán llegado á conseguir mayor gloria entre los bienaventurados por solo el mérito de una vida interior!

Nunca llegarás á gustar esta paz y esta alegría que viene del Espíritu Santo (1), si

no eres un hombre interior.

Este sabe poseerse á sí mismo; vela continuamente sobre sí, para libertarse de aquellas inclinaciones que aprisionan al alma y la cautivan; conserva la paz de su corazon en todos los acontecimientos capaces de alterar á una paciencia ordinaria.

Pero el hombre esterior, por el contrario, se agita y se apresura por mil objetos frívolos, indignos de sus cuidados; y pierde de es-

ta suerte su tranquilidad y reposo.

El hombre interior no reconoce otra sabiduría sino aquella que viene de Dios; sabidu-

<sup>(1)</sup> Rom. xiv, 17.

ría que, descubriéndole la nada de las cosas terrenas, eleva sus ideas y sus pensamientos hasta la contemplacion de las cosas celestiales.

El hombre esterior no consulta sino á la prudencia de la carne; y todo lo que no es conforme á ésta, lo mira como falta de luces, y aun alguna vez lo gradúa de locura.

El uno vela continuamente contra la ilusion y engaño de los sentidos; y el otro juzga y se conduce en todo por los sentidos, dirigién-

dolo todo á ellos.

Pon tus delicias en pensar siempre en Dios, en buscar á Dios en todas las cosas, en dirigirlo todo á Dios; y de este modo tendrás dentro de tí el reino de Dios.

Si lo practicas así, serás aquel verdadero adorador, de quien dice Jesus que adora á

Dios en espíritu y en verdad (1).

¿Por qué te parece que la mayor parte de los hombres se quejan continuamente, y están siempre sin tranquilidad ni reposo? porque llevan una vida esterior, y no se ocupan sino de las cosas de la tierra.

Hay muchas personas que, segun su modo de vivir, manifiestan estar siempre con Dios, y sin embargo, no son lo que parecen, porque su corazon está dividido entre una multitud de afectos inútiles, y su entendimiento distraido por una infinidad de pensamientos.

Una persona verdaderamente interior, tiene siempre fijo el pensamiento en Dios, y á él solo dirige toda su atencion y su corazon: cualquiera otra cosa, por lisonjera y halagüeña que sea, no le mueve de ninguna manera.

Es necesario arreglar el esterior por el interior, y no hacer como la mayor parte de los hombres, que comunmente arreglan y muchas veces pervierten el interior como el esterior.

Acostúmbrate á vivir dentro de tí mismo, entregándote á las cosas del mundo solo lo que sea preciso, y de la manera que Dios te manda.

Cuando te ocupas por tu propio estado en cosas de la tierra, sigue el atractivo de la gracia, que te llama dentro de tí mismo para que examines tus intenciones y afectos.

No creas que la vida interior no sea propia sino de ciertos estados, y de cierto tiem-

<sup>(1)</sup> Joan. IV, 23.

po; porque es compatible con cualesquiera ocupaciones, y aun con los cuidados mas embarazosos.

Puede practicarse así en la próspera fortuna como en la adversa, en la enfermedad como en la salud, en la vida activa como en la de quietud y reposo; y finalmente, en los tiempos de tentacion y borrasca, como en los de paz y serenidad.

No hay ninguna situacion de la vida en que no se pueda entrar dentro de sí mismo

para examinar lo que pasa.

Pero sobre todo dedícate á los ejercicios de la vida interior, si Dios te llama á las funciones del santuario y de celo. Si desprecias este medio de llegar á la perfeccion, estarás como derramado esteriormente, y no procurarás buscar á Dios, sino á tí mismo.

Ademas de esto, Dios no se servirá de tí para que contribuyas al adelantamiento de las almas en la virtud; porque con dificultad se enseña bien á practicar á los otros lo que no hacemos nosotros mismos.



### CAPITULO XX.

Del silencio.

Siervo. A vos me dirijo joh Reina de las virtudes! para que me enseñeis á guardar silencio y á no hablar sino cuando sea conveniente.

Os ejercitásteis en esta virtud de una manera tan perfecta, que ninguno podrá enseñarme mejor que vos los medios de praticarla yo mismo.

El Evangelista nos refiere algunas de vuestras palabras; y yo veo por ellas que vos no hablásteis jamas sino por algun motivo de virtud.

¡Qué amor á la pureza, qué humildad, qué sumision en las palabras que dijísteis al ángel que os vino á saludar en nombre de la adorable Trinidad!

Hablais en casa de Isabel, para dar gracias á Dios por sus favores. Cuando encontrásteis á vuestro Hijo Jesus despues de haberle perdido, hablais tambien, para manifestarle vuestra maternal ternura; y en las

bodas de Caná hicísteis lo mismo para socorrer las necesidades agenas, pero que la caridad os hace mirar como propias.

Por otra parte se advierte, que guardásteis un profundo silencio en muchas ocasiones, que al parecer pedian el que hubiéseis manifestado vuestros sentimientos á las per-

sonas que os acompañaban.

Testigo de las maravillas que se obraron en el Nacimiento de Jesus, oíais la relacion que hacian los primeros que fueron á adorarle. Nada de cuanto decian se os escapaba; pero lo recogíais todo, como nota el Evangelista (1) con un religioso silencio.

Cuando presentasteis al Niño Dios en el templo, guardasteis un silencio de admiracion que no ha podido ménos de referir el Evangelista, porque debia servir para nuestra ins-

truccion.

Subísteis con Jesus al Calvario; permaneceis allí al pié de su cruz; recibís los últimos suspiros de vuestro amado Hijo; pero en este tiempo observais un perfecto silencio de paciencia y resignacion en la voluntad de Dios. María. Mi silencio te habla, hijo mio: todas las almas piadosas entienden bien este lenguaje.

El que yo guardé en todas aquellas circunstancias en que, ó la gloria de Dios, ó la caridad del prójimo no exigian que yo hablase, me era inspirado por aquel espíritu de recogimiento y de retiro que me habia propuesto observar. La gracia era el principio en que se fundaba.

Esto mismo da á entender, que para ser un hombre recogido é interior, es necesario que hable poco, que lo haga con reflexion, y siempre despues de haber consultado al Espíritu Santo, el cual le dictará en el fondo

del corazon lo que debe hablar.

Desear hablar mucho es prueba de un corazon y un espíritu disipado; y esta disipacion es ya por de contado un gran mal,

Los sentimientos de piedad se evaporan facilmente en las conversaciones; pero el si-

lencio los conserva y los fortifica.

Encontrarás pocas personas que se arrepientan de haber callado, y muchas por el contrario de haber hablado cuando debieran callar.

El sabio no habla sino cuando es tiempo de

<sup>(1)</sup> Luc. 11, 19.

hablar (1); esto es, cuando obraria mal, o se-

ria fuera de propósito el callar.

El que no sabe guardar su lengua, es semejante á una ciudad abierta por todas partes (2), que por lo mismo está espuesta á las sorpresas y acometimientos del enemigo.

Es imposible que deje de cometerse algun pecado en las conversaciones dilatadas (3).

El que hable ménos, aquel será siempre

el mas prudente.

Se ha reconocido por una esperiencia constante, que donde hay mas silencio hay mas inocencia.

Observa bien esta máxima: siempre es mas ventajoso el callar, cuando no hay ne-

cesidad de hablar.

Es un arte maravilloso el de saber callar o hablar a tiempo; y ninguno puede ser muy esperimentado en las demas artes, cuando no está bien instruido en éste. La gracia es la única que le enseña á practicar esta virtud mejor que todas las lecciones de los hombres.

Hijo mio: cuanto ménos hables á las criaturas, mas hablará á Dios tu corazon.

Mira todas las cosas que son ordinariamente el objeto de las conversaciones del mundo, como un impedimento á las santas comunicaciones que Dios quiere tener contigo.

Sobre todo, habla poco á los hombres de tus afficciones y trabajos, porque no toman en ellos todo el interes que tú piensas. Represéntaselos á Dios, que siempre está pronto á consolarte.

Jamas refieras tus penas cuando es el prójimo el que te las ha causado, porque de ordinario tendrás mucho que reprenderte por haberte escedido en la relacion.

#### CAPITULO XXI.

De la union del alma con Dios.

Siervo. Seais para siempre bendito joh Dios de amor y de caridad! por las comunicaciones íntimas que os dignásteis conservar con esta Vírgen, á la cual elegísteis para Madre de nuestro Salvador.

Y vos joh Virgen Santa! recibid las justas alabanzas que mereceis por haber corres-

<sup>(1)</sup> Eccl. xx, 2.—(2) Prov. xxv, 28.—(3) Prov. x, 19.

pondido fielmente á las gracias de vuestro Dios.

No puedo cansarme de admirar vuestras escelentes virtudes; pero lo que escita mi admiración mas particularmente, es aquella estrecha y continua union que supísteis conservar con Dios.

Vuestro corazon, vacío de todo afecto á las criaturas, era como un cielo interior y místico, en donde deseaba habitar el Señor, y en donde vos gozábais en paz de su presencia.

El sueño no interrumpia este dulce comercio, y vos podíais decir como la Esposa de los Cantares: Yo duermo, pero mi corazon vela (1).

¡Oh, si me fuera concedido el vivir unido de esta suerte con mi Dios, y no depender de la tierra sino por la union indispensable de mi cuerpo!

María. Hijo mio: fué una gracia muy particular que Dios me hizo el que jamas perdiese su presencia.

Si aspiras à conseguir el mismo favor, comienza por desprenderte de todo afecto terreno, y sepárate de todo lo que no es de Dios.

Es verdad que te costará dificultad en los principios; pero tambien lo es, que lo que se te dará en recompensa de tus esfuerzos y sacrificios, nunca puede comprarse demasiado caro.

Haz que todas las cosas que te rodean, te sirvan para levantar la consideración á Dios. Por todas partes encontrarás mil objetos que darán motivo de alabarle y glorificarle.

Los cielos que giran tan magestuosamente sobre tu cabeza te anuncian la gloria que te espera: la brillantez de los astros es una imágen de su resplandor, y la vasta estension de los mares se pinta la immensidad.

Todos los seres derramados en la naturaleza te hablan de sus perfecciones, y todo, hasta la menor flor de los campos, es como un libro abierto á tus ojos que te recuerda al Criador.

Sin salir de ti mismo podrás hallar a tu Dios, porque ni tienes vida, ni existencia, ni movimiento sino para él y por él.

El es el que ilumina tu entendimiento, y mueve tu voluntad (1); el que llama á las

<sup>(1)</sup> Cant. v, 2.

<sup>(1)</sup> Prov. XXIII, 26.

puertas de tu corazon para pedírtele de la manera mas tierna y afectuosa.

Este Dios de toda bondad es el que cuida de tu conservacion, el que manda a la naturaleza que te provea sin cesar de todo lo necesario.

No es, pues, necesario ir muy léjos para encontrar á tu Dios. Entra dentro de tí mismo, y mira con atencion su santa presencia. El mismo Señor te la hará sensible de mil modos diferentes.

Unas veces será comunicándote vivas luces é ilustraciones repentinas; otras por ciertos toques secretos que te dará en el corazon, inspirándote varios sentimientos de piedad, y algunas veces por las quejas amorosas que te dará de tus infidelidades.

Guardate de poner obstaculos a las diferentes operaciones de la gracia, ó por alguna ligereza de entendimiento, ó por algundisgusto voluntario.

Dedícate á los ejercicios que puedan llevarte mas á Dios; pero cuida de practicarlos con un verdadero espíritu de religion.

En las acciones ordinarias y preocupaciones de tu estado, procura conformarte con las ideas de la Providencia, y considera que

ella misma es la que te ha señalado aquella tarea ú obligacion diaria.

No hagas ninguna cosa con precipitacion, porque aun en las cosas santas no puede ménos de perjudicar al espíritu interior, por cuvo medio se forma la union con Dios.

Nunca te dejes arrastrar de los movimientos de la naturaleza, ni porque tengas alegría ni sentimiento. A Dios es á quien has de manifestar tu corazon y no á las criaturas.

Comunica con el Señor todo lo que te entristece o causa regocijo, mirándole como a padre, o como a un amigo fiel, en cuyo seno puedes depositar con confianza el motivo de tus penas o de tus satisfacciones.

Y sobre todo, ten presente que por medio de esta confianza, es como se gana su corazon y se adelanta en aquella santa union, que es para una alma cristiana el mas dulce embeleso de su vida.

## CAPITULO XXII.

De las obligaciones de su estado.

Dios no nos pide sino rara vez el que le demos á conocer nuestro amor con acciones